

# Café con leche

## TERE DE MUCHA MORA

Café con leche. Cargado y humeante. Azucarado. Con el primer trago por la mañana me entra el primer golpe de conciencia. Antes no. Es mi ingreso al día. Si no lo bebo, es como toparme con una puerta cerrada con llave. No consigo nada aunque parezca viva. No llego, digamos, a ninguna parte, como si jugara a la gallinita ciega. También es mi ingreso a la noche, acto previo e indispensable antes de acostarme. No importa la hora. Puede ser después de la boda y los tacos madrugeros. Cuando llego a casa me preparo mi café con leche. Cargado y humeante. Y también azucarado. Es como mi saludo a las dos fases de la vida, la clara y la oscura. Quizá por eso es café con leche.

La recuerdo muy bien bebiéndolo. Más bien comiéndolo con fruición en cada trozo de galleta escocesa que de manera intuitiva remojava en el líquido caliente. Una tras otra, hasta que la taza quedaba vacía. Pero eso fue al último. Primero fue la mujer orgullosa y feliz, casada con el abuelo español. El que no conocí. Luego fue viuda joven, hermosa todavía pero siempre de negro. Se convirtió en lectora voraz, gran cocinera y proveedora de sus hijas. Después fue lectora voraz, gran cocinera y segunda madre de los nietos. En algún momento se quedó sólo como lectora voraz con la compañía cada vez más esporádica de alguna de las hijas o los nietos. Luego se murió. Porque sí. Porque quería.

Antes de su muerte le llegaron las cataratas a la abuela. Se buscó al mejor oftalmólogo posible y se le operó. Todos la queríamos. Nos había consentido y los primos construimos una hermandad alrededor de ella. Nos dolió mucho constatar que lejos de haberle quitado las cataratas, las manos del cirujano habían dañado sus ojos al punto de dejarla casi ciega. Se

quedó en tinieblas. Después supimos: el médico que la operó había sido un prestigiado oftalmólogo, pero luego se había vuelto alcohólico. Nuestros padres no estaban enterados de esa parte de su vida cuando se decidieron por él.

Muchas noches me tocó acompañarla y prepararle su café con leche. Sopeaba las galletas y yo la veía. A pesar de todo, su cálculo era exacto: justo en el momento en que la galleta iba a derrumbarse ingresaba a su boca. Luego volvía al silencio, encogida y con la cabeza baja. Le leía un rato. A veces me parecía que fingía interés. Me preguntaba ¿cómo? ¿Puedes repetir eso? Fueron noches calladas. Se oían los grillos.

En ocasiones me pregunto qué hubiera pasado si a ese mejor bebedor que médico se le hubiese ocurrido sustituir el alcohol por café con leche. Quizá entonces la historia final de la abuela hubiera sido muy distinta y yo no bebería hoy, mañana y noche, esa bebida caliente con su mezcla de claro-oscuro. ■



"Iztapalapa"

Mauricio Vega V.

Mauricio Vega Vivas